

EL TEATRO

DIRECTOR
JOSE DEL PRADO

PUBLICACION MENSUAL

ADMINISTRACION
SANTA ENGRACIA



SRTA. DOÑA LÓRETO PRADO, DEL TEATRO MODERNO, EN «LA MORENITA»

FOT. PORTELA

EL TEATRO

Núm. 34

Julio 1903



SRA. CALLIGARIS Y SR. ACONCCI, DEL TEATRO DE LOS JARDINES DEL BUEN RETIRO



CRÓNICA GENERAL

EL mes ha sido pródigo en acontecimientos teatrales; para tener de todo hemos tenido estreno de primera clase en Barcelona, estrenos de menor cuantía en Madrid, renacimiento ¡nada menos! de un género teatral que parecía definitivamente muerto y enterrado y, lo peor de todo, un incendio que ha destruido en unos pocos minutos el teatro de la villa y corte, donde Talía, sin casa ni hogar, ó poco menos, había finalmente encontrado un refugio para veranear cerca de los aguaduchos del Prado. Es imposible hablar de tantas cosas en un solo artículo y, además, del estreno de *Mariucha* se habla ya en otro lugar de este número, por quien puede hacerlo con mejor conocimiento de causa, y del incendio de Eldorado no hay para qué hablar; todas las consideraciones no bastarían para poner previsión en quien debió tenerla y no la tuvo, y bastarían menos aún para evitar los daños causados, que á *posteriori* son difícilmente evitables.

Despejado así el sumario de los acontecimientos del mes, ya es más fácil hablar de lo que en él queda: los estrenos desgraciados en Madrid y el renacimiento de la revista política.

Y entre los estrenos hay uno, particularmente, interesante, el de *El equipaje del Rey José*, que regocijó mucho á los autores fustigados en otras ocasiones por el experto látigo del simpático *Caramanchel* y que ha servido de motivo para que nuevamente incurran, los que menos debieran hacerlo, en la vulgaridad de declarar mal crítico á quien no sabe escribir comedias, como si para poder gustar, por ejemplo, de unos *Tournedos á la Rosini* fuera necesario ser cocinero expertísimo.

Casi todos los críticos, que deslumbrados por el brillo de la escena, han querido saltar desde la butaca al escenario, han sufrido fracasos semejantes al que *Caramanchel* ha experimentado ahora y, no obstante eso, sería absurdo negar que D. Manuel Cañete fué un buen crítico, y más absurdo todavía afirmar que *Figaro* no pudo serlo. No obstante, no ha faltado ahora quien repita una teoría tan poco puesta en razón y pida que *Caramanchel* deje el consabido escalpelo y se dedique á otras labores propias también de su sexo, pero en nada relacionadas con el sagrado ministerio de la crítica.

Con leer someramente cualquier manualillo de literatura, hubieran, los que tales cosas dicen y es-

criben, literatos todos ellos aunque parezca mentira, evitado tan craso error que revela una ignorancia supina. No hace falta, en efecto, leer mucho para enterarse de cuáles son las cualidades necesarias al crítico y de cuán poca relación tienen con las que para ser autor dramático se requieren, y si con eso no basta, á los que se equivocan, para ver claramente la diferencia que entre uno y otro oficio existe, será porque no tienen el intelecto suficientemente despierto, y en tal caso, más que la lectura de buenos libros, será justo recomendarles el uso de un buen despertador.

Sólo en literatura y aún de ella únicamente en el rincón reservado al teatro y su crítica, se opina de ese modo tan extraño, que, aplicado á la vida práctica y diaria, quedaría inmediatamente acreditado de absurdo. Fuera del teatro, en efecto, á nadie se le ocurre pensar que para decir de una mesa que es coja, de un traje que es ancho ó de una manzana que es agria sea necesario ser respectivamente carpintero, sastre y camueso. Al contrario, á nadie se le ocurre pedir á un camueso su opinión sobre ningún asunto, por muy relacionado que el asunto esté con el negociado de árboles frutales.

Ahora bien: se dirá que si eso es así, por qué los críticos escriben comedias y aunque á tal pregunta podría responderse que ellos sabrán, me parece más correcto decir que, entre otras razones, porque que si las condiciones del crítico han de ser distintas de las del autor dramático, no se sabe, en cambio, que forzosamente hayan de ser incompatibles. La diferencia no es ni mucho menos cosa idéntica á la incompatibilidad.

Podrá decirse, y eso es necesario reconocerlo, que quien es crítico y pretende ser autor dramático está obligado, ya que no á hacer obras buenas, cuando menos á juzgar bien las que haga; pero es necesario tener en cuenta cuánto ofusca el amor de padre y recordar que ese amor sí es incompatible con alguna de las condiciones que al crítico deben adornar. Hasta la Justicia, tan poco diestra en apreciar los sentimientos humanos, libra á los padres de la obligación de declarar, cuando hayan de hacerlo, en contra de sus hijos, y si eso es así claro está que, si no lo que quieren los enemigos de los críticos-autores, puede admitirse como axiomática otra cosa: que los críticos que escriban para el teatro no pueden criticar con justicia sus propias obras.

Y ese es un axioma al cual será difícil que nadie tenga razones de peso que oponer.

Por lo demás, el mal éxito de *El equipaje del Rey José*, ya que de la obra hemos hablado, ha sido mercedísimo, y aunque los autores de la adaptación escénica del episodio de Galdós pudieran esculparse en parte, atribuyendo lo que del fracaso puede corresponderle al director de escena de Apolo, siempre quedarán para ellos culpas bastantes que requieren, por lo menos, una buena penitencia antes de volver á pecar. Porque lo seguro es que, no obstante todas las consideraciones pecarán nuevamente. El teatro tiene eso de terrible: que es difícil sustraerse á él cuando ha hecho presa.

Hablemos ahora de *¡El trueno gordo!*, revista política con todas las agravantes del género, incluso la consabida persecución por la justicia, con que los Sres. Perrín y Palacios han querido, aunque inútilmente, convencer al público del teatro Lírico de que aún vive y de que anida en ellos precisamente el espíritu de Aristófanes.

No están los tiempos para revistas políticas; entre otras cosas, porque dentro de la monotonía habitual de nuestra vida, cualquier suceso es rápidamente agostado por la prensa periódica y forzosamente ha de llegar al escenario sin jugo que le haga viable; pero aun no siendo así, no serían ciertamente los autores de *¡El trueno gordo!* los llamados á resucitar el género que murió hace mucho tiempo á manos de la pública indiferencia y que si durante los últimos años de Navarro Gonzalvo pareció dar aún *aliquando* señales de vida, fué evidentemente porque, por simpatías hacia el autor de *Macarronini I*, fingíamos no enterarnos de que aquellos no eran signos de vitalidad sino movimientos artificialmente producidos en un género muerto y diseado.

Para hacer revistas políticas son necesarias, en primer término, y aparte, claro es, todas las cualidades inherentes al autor dramático, las que ador-

nan al historiador y las que requiere el oficio de poeta satírico; es decir, que se necesitan poseer juntas, y la conjunción no es fácil ni mucho menos, las condiciones necesarias para poder desempeñar con acierto los tres oficios más difíciles de la literatura. Inútil es decir que los Sres. Perrín y Palacios no son hombres que poseen tales dones. Son, á lo más, hombres de teatro y de teatro ínfimo, pero ni poseen ninguna de las cualidades del historiador ni menos aún las del poeta satírico.

Si alguien lo dudaba, ahí está *¡El trueno gordo!* para demostrarlo, y no hay duda de que la demostración es convincente.

Perrín y Palacios, en efecto, tienen, á juzgar por su obra, un conocimiento muy somero de la política palpitante; se ve inmediatamente que todo su saber no pasa del que puede adquirirse, y es menguadísimo, hojeando periódicos, cuyas líneas suelen ser casi siempre dictadas por la pasión, y se ve al mismo tiempo que ni saben leer entre líneas ni menos aún sacar de los acontecimientos la sal que tienen, y que á veces es mucha. Todo lo que en la revista se oye suena por esa razón á cosa conocida y aun manoseada, y esto no por un fenómeno inexplicable de perturbación mental, sino por la razón infinitamente más sencilla de que casi todas las gracias que los señores Perrín y Palacios han llevado á la escena se le habían ocurrido antes al

ex-diputado por Madrid, *Gedeón*, que además las había hecho públicas para deleitación de sus lectores.

La labor de los Sres. Perrín y Palacios, pues, no tenía, artísticamente al menos, nada de revolucionaria; hacer una revista con chistes viejos y moldes más viejos aún, no es el mejor camino para traer la República por mucho que se toque la Marsellesa, y siendo así, por unas razones y por otras, *¡El trueno gordo!* hubiera vivido poco en los carteles.



SR. GRAVINA

Caricato de la compañía Soarez Calligaris, en *20.000 leguas alrededor del mundo*



ACTO SEGUNDO.—ESCENA DE LA PREDICCIÓN
EDIPO, REY DE SÓFOCLES

EL TEATRO INTIMO

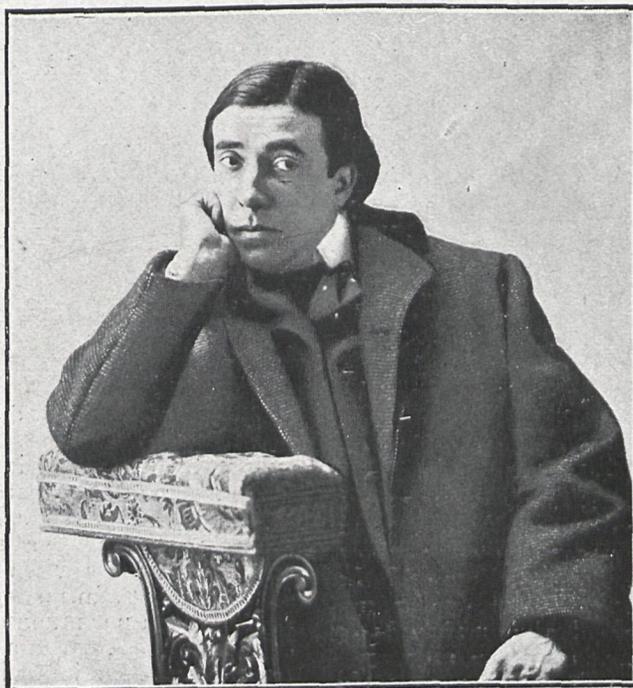
PARA los que hacen del teatro una religión, aquí, donde tan escasos estamos de una cosa y otra no puede menos de ser interesantísima la labor que un grupo de artistas catalanes ha emprendido y á la que muy modestamente, por cierto, han dado el nombre de *Teatro íntimo*. Cierto, en efecto, que semejante rótulo de la empresa es suficientemente apropiado, puesto que íntimo es el teatro, ya que solo los iniciados en el arte pueden gozar de las bellezas que en él se ofrecen, pero cierto también que aunque propio resulta mezquino y que empresa de tal magnitud puede por él quedar empuñada á los ojos, cuando menos, de los que juzgan de las cosas por las etiquetas que sirven para definir las. Lo característico, además, de ese teatro, lo que se

distingue de otras empresas análogas que también tienen por carácter la intimidad en que se realizan,

es el arte, y en tal sentido mejor y más apropiado que el nombre de *Teatro íntimo*, estaría el de *Teatro artístico*, perfecta definición del objeto y fin á que aquella Sociedad encamina sus esfuerzos.

Pero, después de todo, no somos nosotros los llamados á definir estas cosas: mejor que nadie deben saber el título que á su obra conviene los que la han ideado y los que la realizan, y cuando ellos llaman *Teatro íntimo* á su teatro, motivos tendrán para hacerlo y es de suponer que sean motivos suficientes.

Además, el nombre en definitiva «no hace á la cosa», y lo importante no es que el teatro se llame artístico,



ADRIAN GUAL
Director Fundador del Teatro Íntimo

sino que en él se haga arte, que es precisamente lo que se trata de demostrar.

Y este fin, no hay duda de que le consi-
guen los colaboradores de Adrián Gual, fundador y director del Teatro íntimo: las nueve representaciones que hasta ahora han organizado, han sido, en efecto, nueve fiestas de arte irreprochable, y su *Teatro íntimo*, absolutamente distinto en este sentido de todas las representaciones de teatros, que habitualmente nos vemos obligados á soportar.

Claro es, que para ello hay una razón muy importante, y es que las empresas teatrales, naturalmente, no tienen, por fin, la exaltación del arte, sino su explotación industrial, siendo, indudablemente, de todas las industrias artísticas, si merece siquiera ese nombre, la menos artística

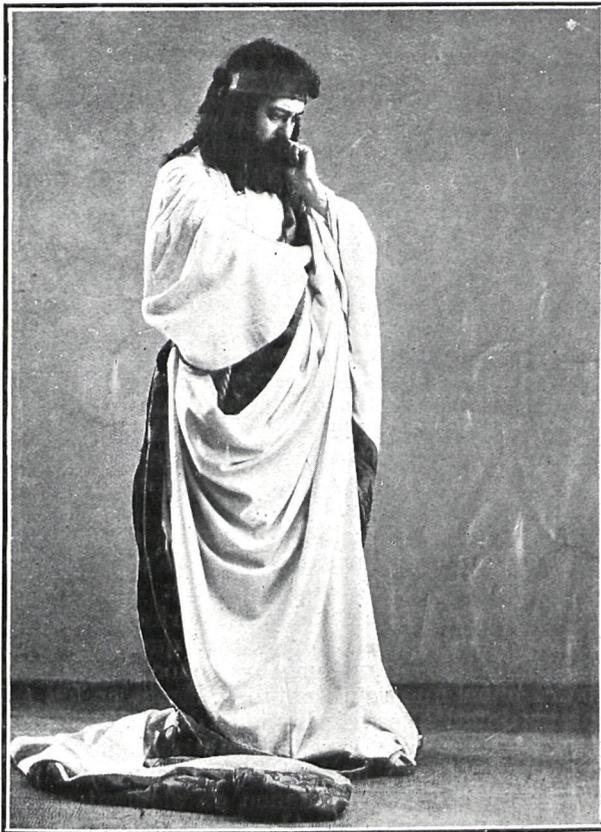
de todas. El Sr. Gual y sus amigos, por el contrario, no tienen ningún género de preocupaciones industriales y para ellos el arte y solo el arte es la razón á que necesitan atender.

Por esto es posible que el *Teatro íntimo* gaste grandes cantidades en trajes, decorados, accesorios, armas, etc., que solo han de servir para una representación, y que naturalmente habrían de hacer imposible si el asunto se tomara como negocio industrial la remuneración del capital empleado en ellas, ni menos aun la necesaria amortización del mismo. Los socios del *Teatro íntimo* gastan dinero para hacer arte, los empresarios en cambio gastan arte para hacer dinero y siendo tan distintos los sistemas no es raro ni mucho menos que los resultados sean también muy diferentes.

Claro es también que por esas mismas razones



EDIPO Y YOCASTA (Sr. Jiménez y Sra. Puchol)



EDIPO (Sr. Jiménez)



MENSAJERO OFICIAL (Sr. Cunill)